

Los cuentos de Martín de Ugalde

[*Un real de sueño sobre un andamio*, 1957 — *La semilla vieja*, 1958]

Ramón Díaz Sánchez

El Universal, 1958-11-02.

Dos libros de temas venezolanos –o de temas fe Venezuela– ha publicado Martín de Ugalde. Los dos están ahora sobre mi mesa, directamente bajo el foco de mi atención: "Un real de sueño sobre un andamio" y "La semilla vieja". Son cuentos escritos en nuestro país y con asuntos tomados de nuestra existencia de hoy. Pero ¿es que estas extrañas historias forman parte de la vida venezolana? Sí, desde luego: son expresiones de una nación en el trance de un cambio trascendental. Yo las leo con apasionado interés y las analizo. Les busco la realidad –expresión histórica– en la pulpa todavía blanda, todavía nebulosa, de la emoción –expresión artística–.

Martín de Ugalde no nació en Venezuela. Es vasco y creo que vino a nuestro país hecho a un hombre, con su profesión y su estilo formados. Es periodista y cuentista. A través de sus cuentos se le palpa el carácter, se le ve la imaginación y se le descubre la sensibilidad para el hecho humano. Mientras algunos de nuestros escritores de ficción se escapan de la realidad nacional para ir a mendigar sus motivos, sus influencias y hasta su técnica en ambientes y escritores extraños, hombres como Ugalde viene a Venezuela ávidos de servirle con su penetrante pasión de artistas y con su sobria destreza de narradores. He aquí una lección que debiéramos aprender y que en cierto modo debiera ruborizarnos.

Se ha hablado con insistencia de la realidad de una Venezuela que se transforma y del deber en que están los artistas venezolanos de plasmarla en sus producciones. Esto lo han hecho ya algunos pintores y lo han intentado los músicos. Sólo los escritores permanecen aun indecisos y lo que es más extraño, desdeñosos. Se habla, incluso, de una tendencia al culto servir de lo exótico. El cambio que se opera en la Venezuela de hoy y que afecta su vida entera, su economía, su cultura y sus manifestaciones estéticas, sólo interesa a determinados especialistas. ¿Puede un escritor de ficción –novelista o cuentista– ignorar estos hechos? Se sospecha –y aun se insinúa– la existencia de cierta incapacidad constitucional para la captación del fenómeno, como si se tratara de algo que depende no ya de la educación sino de la raza. Vienen, en contraste, escritores de otros países y se lanzan gozosos a la tarea, perforan la piel del suceso y sacan a luz la maravillosa revelación. ¿Es que los intelectuales venezolanos de hoy continúan, como los indios de la Conquista, deslumbrados por los abalorios de Alonso de Ojeda?

Aunque parezca increíble, todavía hay rincones de la nueva estructura venezolana que nuestras gentes de letras no han penetrado. Son lugares que permanecen tan ignorados cual si perteneciesen a Rusia o a China. Esos cuentos de húngaros, de italianos y de españoles que nos cuenta Martín de Ugalde son verdaderos descubrimientos. Sólo que no los hemos hecho nosotros. Nosotros, los criollos, los que hemos nacido y vivido

aquí, seguimos aferrados a un clasicismo que nos vuelve insensibles para los dramas de unas gentes extrañas aparecidas como por art de magia e incrustadas como ácaros irritantes que nos hacen rascarnos pero que no nos deciden al examen interno. Nuestras ciudades se pueblan de habitantes fantásticos, nuestros campos se abren a un nuevo trabajo, a nuestro alrededor crecen edificios impresionantes y todo ello nos deja impasibles.

No podría, ciertamente decirse que permanecemos desligados del todo de la nueva vida que nos rodea. Vemos lo que ocurre a nuestro alrededor pero lo vemos como un espejismo. Esas gentes foráneas, esos extranjeros a los que columbramos en las lejanías de sus andamios y en las cavidades de sus alcantarillas, ¿son los mismos que solemos hallar en las recepciones de los ateneos y de las embajadas, entre vasos de whisky y bandejas de pasapalos? ¿Quiénes son, pues, los que se caen de los andamios traicionados por el hambre y el sueño?

De repente nos encontramos con un libro escrito por un extranjero y nos quedamos perplejos. he allí la alucinación vuelta testimonio. Nos parece mentira que tales cosas ocurran en el mismo suelo que pisamos todos los días, dentro del mismo aire que respiramos y bajo las mismas estrellas que nos hacen sus guiños en las alturas de nuestro cielo. ¿Ese Janos, universitario de Praga, que se queda leyendo en su cuarto mientras su mujer va a canalizar erotismos desconocidos en las encrucijadas de Chacao y Sabana Grande, tiene algo que ver con los negros de Juan Francisco de León y con liberales de Luciano Mendoza?

Martín de Ugalde y otros que como él han trasplantado a suelo venezolano sus inquietudes y su autenticidad, nos están dando una viva lección de lo nuestro. Son escritores, músicos y pintores de los cuales solemos reírnos cuando leemos "vasco-venezolano", "húngaro-venezolano", "italo-venezolano". Su mejor virtud consiste en su condición de testigos. Hace poco yo mismo, al ocuparme de Roger Martin du Gard, hacía hincapié en esta cualidad del extinto escritor y la señalaba como el sello, por excelencia de su arte de novelista. *Enqueteur*: testigo. He ahí lo veraz y, por ende, lo perdurable. No veo la razón de que el novelita convierta su arte en tejemaneje propagandístico ni en tendencioso escarceo especulativo. Los cuentos de Ugalde –fuertes, duros, sin maquillajes oportunistas– son testimonios de una Venezuela que cambia y que casi no conocemos, y así quedarán para el examen de los que vienen detrás de nosotros.